

Leonardo Padura

AQUELLO ESTABA DESEANDO OCURRIR

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LEONARDO PADURA
AQUELLO ESTABA
DESEANDO OCURRIR

TUSQUETS
EDITORES

1.^a edición: febrero de 2015

© Leonardo Padura, 2015

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-038-6
Depósito legal: B. 26.336-2014
Fotocomposición: Moelmo, S.C.P.
Impreso por Romanyà-Valls
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

La puerta de Alcalá	13
Nueve noches con Violeta del Río	47
Adelaida y el poeta	69
Sonatina para Rafaela	85
Según pasan los años	93
Los límites del amor	119
La muerte feliz de Alborada Almanza	141
El destino: Milano-Venezia (vía Verona)	151
La pared	173
Mirando al sol	189
La muerte pendular de Raimundo Manzanero	207
Nochebuena con nieve	223
El cazador	245

Siempre había oído decir que llamar a las desgracias acaba por traerlas. Y el *Jornal de Angola* anunciaba otra vez una inminente invasión sudafricana. Cada semana se repetía aquella información, con certezas y evidencias consideradas irrefutables, con datos logísticos y declaraciones gubernamentales, y aunque en los últimos veintitrés meses los bóers habían atravesado varias veces la frontera de Namibia con algún que otro avión amenazante y unos tanques innegables, la anunciada invasión no se concretaba. Pero leer esa noticia siempre le producía el mismo escalofrío. Era un miedo oscuro y tangible que nacía en el estómago y le debilitaba las piernas y le hacía rogar a lo que fuera que lo inminente esperara hasta después de febrero, cuando él ya estuviera bien lejos de todo aquello y sus dos años de misión en Angola se hubieran convertido en más pasado irreversible.

Sólo que aquel miedo sí podía tener efectos inmediatos. Apenas había leído el titular y unas líneas del primer párrafo y debió abandonar la cama y andar de prisa hacia el baño, con el periódico bajo el brazo, mientras desabotonaba su pantalón. Al cabo de tantos meses ya conocía las causas y efectos de aquel sentimiento incontrolable que había adquirido en Angola y, de algún modo ambiguo hasta para sí mismo, lo disfrutaba con la tranquila convic-

ción de que su miedo no era precisamente cobardía. Por eso, sentado en la taza, se dedicó a rasgar con esmero la parte de la primera plana que desataba sus angustias, dispuesto a vengarse del modo más escatológico y simbólico que conocía: se limpiaría el culo con la noticia, y mientras esperaba el fin de aquel reflejo incondicionado, volteó el pedazo de periódico y descubrió una breve cuña con un título de apenas diez puntos que advertía: «TODO VELÁZQUEZ», y luego reseñaba que entre el 23 de enero y el 30 de marzo estaría abierta en el Museo del Prado la llamada exposición del siglo, donde se reunían, por primera y única vez desde que fueron pintadas, setenta y nueve obras maestras del artista sevillano, llegadas desde todas partes del mundo para sumarse a los fondos del gran museo español.

Mientras se aplicaba concienzudamente a limpiarse con la página deportiva del periódico, se dedicó a pensar en otra de sus obsesiones predilectas: «El mundo es una mierda», se dijo, «yo cagándome en Angola y la gente en Madrid preparándose para ver, justamente, una irrepetible exposición de Diego Velázquez». Desde que había salido de Cuba, hacía ya casi dos años, ni un solo instante había dejado de pensar de ese modo. Lo pensaba cuando, dos veces por semana, le escribía a su mujer aquellas cartas interminables y desgarradas en las que volcaba su desesperación; lo pensaba en las tardes, cuando se asomaba a la ventana de su cuarto y se ponía a estudiar la vida en el campamento que varias familias habían instalado en un almacén abandonado por los portugueses en 1976, y veía cómo los hombres, acucillados y mascando unas hierbas, veían a su vez a aquellas mujeres marchitas que hervían la yuca y el pescado para el funche en un fogón de leña,

mientras les daban de mamar a unos niños mocosos y lentos que quizás nunca sabrían ni de la existencia de la palabra felicidad. También lo pensaba caminando por las calles de Luanda, esquivando los basureros de cada esquina, volteando la cara al paso de los incontables mutilados de una guerra real e interminable, cuando solía preguntarse por qué carajos había gentes condenadas a vivir así, mientras él, precisamente él, deambulaba sin expectativas ni hambre, por aquella ciudad enferma y ajena que no se le entregaba ni se dejaba comprender y cuyo destino final tampoco lograba imaginar.

Cada amanecer, desde entonces, era una cruz en los tres almanaques pegados sobre su cama, el último de los cuales terminaba abruptamente: era apenas el mes de enero de 1990 y ahora le faltaban sólo ocho números por tachar.

—Pero ¿con qué la ligaste, compadre, ron, marihuana y qué más? Porque esa nota no puede ser normal, por mi madre que no. —Y el director del periódico parecía tan convencido que negó además con la cabeza, y sonrió. Habitualmente, casi todo le daba risa, aunque de cierta forma ahora tenía razón, se dijo, pero insistió.

—Mira, Alcides, tú sabes que yo no soy bobo. Aquí hay una pila de gente que se va por Berlín o por Madrid, y si tú empujas yo me puedo ir por Madrid.

—¿Y qué digo, que quieres ver unos cuadros en España? Mira, Mauricio, si digo eso lo menos que me pasa es que me interrumpen la misión por comemierda.

Afuera se levantó una brisa inesperada y el director tuvo que lanzar sus brazos para evitar que se le volaran

los papeles del buró. Parecía que por segunda vez en todo aquel verano llovería sobre Luanda, y Mauricio deseó que cayera un aguacero asolador.

—¿Por qué?, porque van a pensar que yo lo que quiero es quedarme en España, ¿no? Esto es del carajo, Alcides. Aunque hayas estado dos años «aruñando» en Angola, y te hayas quedado cegato con la cloroquina y se te hayan jodido hasta las tripas de comer carne en lata, siempre hay algún cabrón que va a pensar que te quieres quedar. Eso me parece encantador...

El director terminó de acomodar los papeles y encendió un cigarro. Había dejado de reírse y se pasó una mano por la cara, como si tratara de borrar con el gesto todo el cansancio y las arrugas que había acumulado en los últimos meses. En Cuba era apenas subdirector de un periódico provincial, pero era también un cuadro confiable y lo mandaron entonces a dirigir el semanario de los colaboradores en Angola, donde hacía su trabajo con la mayor seriedad. De todas formas, era un hombre afable y hasta inteligente.

—Mira, Mauricio, yo creo que te conozco —dijo al fin sin sonreír—. Yo creo que aquí en el Africón se conoce mejor a la gente, pero no quieras que los demás piensen como yo. Tú tienes un mojón en el expediente y eso lo sabe aquí hasta el loco que anda en cueros por la plaza Kinaxixi. Y si te quedas en España no serías el primero, y tú lo sabes. Además, está el lío del pasaje...

—Entonces me van a seguir sacando eso, ¿no? Lo jodido es que para otra gente no hay líos. Por lo menos para los que se han quedado.

El director volvió a sonreír, apenas sin deseos de hacerlo, y desde su asiento lanzó el cigarro por la ventana.

—No me chantajees, cabrón... Así que una exposición de Velázquez... Está bien, voy a ver qué te resuelvo, pero acuérdate que si haces una locura a mí me cortan los cojones.

—Sería un buen pretexto —dijo Mauricio, y pensó que a veces la vida no era sólo una mierda.

Para Velázquez, al menos, la vida no fue una mierda. Algo así trataba de demostrar Emma Micheletti en el librito sobre el pintor que Mauricio había encontrado en una de las tres librerías de Luanda durante sus primeros meses de misión, cuando todavía visitaba los museos y las librerías. El tomito *Velázquez* estaba empolvado y manchado, en un estante del fondo y junto a otros libros insólitos —*La República*, de Platón, en alemán; las *Obras escogidas*, de Erasmo, en italiano; y unos folletos sobre fútbol soccer en portugués—, y aunque lo vendían como nuevo, el libro ya había tenido un dueño: María Fernanda, quien además de firmarlo y fecharlo (9-7-1974), había subrayado varios párrafos y oraciones que le parecieron notables por diversas razones —o quizás por una única—. Tal vez por su misma incapacidad para ver más allá de lo anecdótico o por su total inhabilidad para marcar dos trazos, Mauricio nunca había sido un conocedor profundo de la pintura, pero desde que descubrió las marcas de María Fernanda, aquel volumen n.º 26 de la colección «Los diamantes del arte», publicado por Ediciones Toray, de Barcelona, en 1973, se convirtió en una amable incógnita para él. El hecho de que aquel libro estuviera en venta era el primer enigma, y la persona de la tal María Fernanda fue el segundo y más provocador misterio. Al principio se

dijo que debía de ser uno de los portugueses que en 1975 y 1976 huyeron de Angola dejando atrás negocios, casas y hasta perros y libros; pero cuando rastreó sus huellas y obse-
siones y la conoció mejor, decidió que tal vez María Fernan-
da había sido una incontrolable enamorada a la que
siempre se le había negado el amor.

Dos subrayados del libro lo indujeron hacia este poéti-
co convencimiento: en la página cinco, en el extremo su-
perior y señalado por dos barras paralelas en cada margen
de la hoja, la dueña original había marcado con un bolí-
grafo azul: «En 1624 se establece en Madrid con su familia,
en la calle de la Concepción. Su relación con el rey sólo
terminará con la muerte del pintor y, si alguna vez esta
condición disminuyó su libertad, en cambio le ofreció la
posibilidad de una vida tranquila, libre de preocupaciones
financieras y, por otra parte, el soberano nunca le oprimió
exageradamente con obligaciones ni condiciones».

Tres páginas después, al comenzar el epígrafe «La obra»,
la presunta amante desafortunada había subrayado todo
el primer párrafo, ahora con tinta roja, y al final había
abierto una desconsolada admiración. «La existencia de Ve-
lázquez», decía Emma Micheletti para el agrado o preo-
cupación de María Fernanda, «fue decididamente feliz y,
al observar algunos de sus elementos, es casi instintivo
considerarla paralela a la de Rubens, quien, como hemos
visto, se hizo amigo suyo. Nacidos los dos en junio, pare-
cen extraer ambos de este nacimiento en el luminoso mes
estival los auspicios para una vida acomodada y feliz y para
una afirmación artística precoz, segura y gloriosa. Ambos
estuvieron al servicio de soberanos comprensivos y gene-
rosos a los que sirvieron con fidelidad y con amor; am-
bos murieron en edad todavía vigorosa, apenas superados

los sesenta años, alcanzada ya la meta ideal de su vida artística, cuando verdaderamente poco habrían podido añadir a su estilo y su técnica más perfeccionados. Diferentes, tal vez, fueron en cuanto a su espíritu, en cuanto a su fuerza expresiva y emotiva; en cuanto al carácter, Rubens era violentamente vital, inmediato y extravertido; Velázquez calmoso, reflexivo y observador atento.» (!)

Sólo un espíritu sensible y enamorado, con cierta inclinación al suicidio, se preocupa tanto por la felicidad y la seguridad, se dijo Mauricio, y lo persuadió definitivamente en su idea la huella más insólita dejada por María Fernanda en aquel libro que tanto debió de haber querido. Eran dos puntos, apenas perceptibles, en el borde inferior de las ilustraciones sesenta y tres y sesenta y cuatro del catálogo de obras de Velázquez que ocupaba la segunda mitad de la obra. Mauricio descubrió los puntos porque a él también lo habían atraído aquellas dos pinturas, menos célebres que *Los borrachos*, *Las Meninas*, *La Venus del espejo* o *La túnica de José*, pero singulares y magnéticas por su tema y concepción. En la referencia a las obras se leía: «63. VISTA DEL JARDÍN DE LA VILLA MÉDICIS. Sobre tela, 48 × 42 cm. Madrid, Prado. Se lo conoce como *La tarde*. Con su pareja, llamado *El mediodía*, fue realizado probablemente en 1650. Los dos cuadros son una verdadera excepción en la producción del maestro. Figuraban ya en los inventarios del Alcázar en 1666 y están en El Prado desde 1819».

Desde entonces, Mauricio soñó con María Fernanda y con visitar El Prado para ver aquel díptico deslumbrante en el que Velázquez abandonaba los espacios cerrados, los reyes, papas, príncipes y bufones y anunciaba displicentemente, aunque con dos siglos de adelanto, a Corot, y también a Van Gogh, Renoir, Monet y el impresionismo del XIX.

Sobre todo en *La tarde*: aquellos árboles que Mauricio decretó que debían ser cipreses, aunque nunca había visto un ciprés en su vida, de hojas difuminadas sobre los arcos de una galería renacentista, y la luz imprecisa y tibia, pero resuelta, que borraba los contornos de los dos personajes prestos a conversar en un primer plano y del hombre de la capa que, al fondo, disfruta de espaldas al espectador del paisaje de pinos y sauces que se pierden en la distancia. Aquella tarde magnífica en el jardín de los Médicis daba deseos de vivir y transmitía el júbilo que debió de sentir el artista mientras dejaba correr, libre y sin compromisos con reyes más o menos comprensivos y generosos, sus mejores pinceladas de hombre apacible.

Al cabo de un tiempo, Mauricio no tuvo ya ninguna duda: Diego Rodríguez de Silva y Velázquez había sido feliz al menos una tarde de su vida y María Fernanda era una mujer etérea y encantadora, que andaba por el mundo con aquel libro que la volvía loca de envidia por no haberse sentido feliz siquiera un mediodía. María Fernanda había comprendido que la felicidad es un privilegio demasiado esquivo para los que no son reyes y quizás se había perdido en la selva africana buscando su propio reinado en la soledad.

—Dale, compra una botella de ron, que me la debes —le dijo Alcides y, por supuesto, sonrió. Pero Mauricio lo miró serio, incrédulo y esperanzado.

—No me jodas, Alcides.

—Te vas el día tres por Madrid. Llegas allá a las cuatro de la tarde y sales el cuatro a las diez de la mañana para La Habana. Te da tiempo, ¿no?

Mauricio fue al cuarto y buscó las siete mil kwanzas. Aquello bien merecía el ron que el director le exigía y bajó hasta el cuarto piso. Ortelio, el del almacén central, siempre tenía, para él y para sus amigos, era el eslogan de su negocio, para los amigos a siete mil kwanzas la botella de Havana Club tres años, y algunas otras menudencias más o menos apetecibles: cartones de cigarros, por ejemplo.

Sentados en el balcón del apartamento descorcharon el litro y Mauricio no pudo evitar que se le ocurriera un brindis.

—Por Velázquez.

—Por mí, qué carajos —dijo Alcides y rozó el vaso de su subordinado—, porque si no es por mí, se jode Velázquez.

Y bebieron. Bebieron varios tragos hablando del calor, del tiempo que le faltaba a Alcides y de las cosas que haría Mauricio al llegar a La Habana: templarse diez veces seguidas a su mujer, pasarse una semana en la playa, comerse una pizza en La Rampa y no hacerse una paja más nunca en su vida, porque se le había puesto el tubo que parecía un manubrio de bicicleta: tenía los cuatro dedos marcados. Y sobre todo caminar por las calles en la noche, sin que nadie se lo prohibiera ni en la oscuridad lo esperara un enemigo invisible.

—¿Y qué vas a hacer en el periódico?

Mauricio terminó su quinto trago antes de responder.

—No sé, espero que después de estos dos años me quiten el pie de arriba y me dejen escribir otra vez de cultura.

Alcides lanzó la colilla a la calle.

—Te llevaron recio, ¿no?

—Recio y pico. Primero me pusieron a reescribirles los

trabajos a los corresponsales de provincia y después me mandaron para acá, para probarme.

—A mí me pusieron la cabeza así contigo. Me advirtieron que te vigilara y todo.

—¿Y me lo dices ahora, cabrón?

Alcides encendió otro cigarro y bebió más ron.

—¿Qué tú querías, que me tirara de barriga contigo sin saber quién coño tú eras? No jodas, Mauricio.

Mauricio sonrió y vio cómo el sol se perdía detrás del Hotel Trópico.

—Pero me alegro de haberte conocido bien. Tú eres el mejor periodista que ha trabajado conmigo.

—Gracias por el cumplido, jefe.

—Ojalá que las cosas te salgan bien y que no te quedes en España. No por mí, sino por los que te jodieron. No les des la razón.

—Parece que voy a pasarme la vida a prueba, como el *Challenger*.

—Dame más ron. Parece que va a llover otra vez.

—Te imaginas que voy a ver la exposición del siglo, compadre. Que voy a ver por fin la *Vista del jardín de la Villa Médicis*...

Y otra vez Alcides sonrió y bebió otro sorbo de ron.

—Tú terminas loco o metiéndote a maricón. Me la juego que sí. —Pero esta vez no sonrió. Miró a los ojos de Mauricio y le dijo—: ¿Tú crees que en Cuba nos volvamos a ver?

El ron y la noticia de su viaje a Madrid le habían provocado cierta euforia ligera y Mauricio pensó hacer un chiste, pero se contuvo.

—¿Tú crees que después que salgamos de aquí sigamos siendo amigos?